

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD: UN ENCUENTRO CRÍTICO Y PRODUCTIVO

JOSÉ MARÍA MARDONES

Investigador del Instituto de Filosofía
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

Universidad y sociedad no pueden estar desvinculadas. La universidad vive vertida hacia la sociedad a la que aporta ciudadanos formados, educados. Y la sociedad se refleja en la universidad mediante expectativas y demandas. Una relación mutua que para ser enriquecedora deberá mantener una tensión: ser un encuentro crítico y productivo.

Jacques Le Goff¹, el gran medievalista francés, muestra cómo ya desde el medievo la Europa de la unidad potencial y la diversidad fundamental, de las divisiones y oposiciones este-oeste /norte-sur, cede ante el empuje unificador de la cultura. La universidad jugó un papel importante en la construcción de aquella Europa.

¹ J. Le Goff, *¿Nació Europa en la Edad Media?*, Crítica, Barcelona, 2003, 108s.

¿Podrá hoy ejercer la cultura una función unificadora y de mestizaje de Europa? ¿Podrá la universidad, la Europa del trabajo intelectual, que nació al mismo tiempo que nacía la Europa del trabajo comercial, contribuir sustancialmente a esta empresa? Ya hemos escuchado los esfuerzos que desde el proyecto que lleva el nombre de la primera universidad europea, Bolonia (1154, Federico Barbarroja; 1252 estatutos del Papa), se están haciendo para que así sea.

En esta breve comunicación quisiera situarme un poco fuera del marco más técnico del debate para abordar, desde una perspectiva socio-cultural, la cuestión de cómo debiera ser la universidad europea en esta hora de nuestra sociedad, a fin de ayudar a que la idea de Europa fragüe en una realidad capaz de consolidarse y ofrecer un camino de humanización al mundo.

La sociedad que tenemos y la universidad que necesitamos

Miremos hacia la sociedad que tenemos para intentar diseñar la universidad que necesitamos. Unas notas para una enseñanza y educación² superior en nuestros días. Una pequeña colaboración o apuntes socio-culturales para la elaboración del *Emilio universitario* de la Europa de nuestro tiempo. Un modo de pensar la función social de la universidad o universidades en nuestra Europa de hoy y de mañana.

Ya sé que los problemas socio-culturales no son sólo del sistema educativo ni de la universidad. Pero una universidad que se desentienda de los problemas de la sociedad y el mundo que nos toca vivir, o que sólo sea una mera herramienta del crecimiento económico es una triste universidad.

El funcionalismo instrumental tecnoeconómico

La primera imagen de la sociedad en que vivimos nos viene dada por el ingente número de mecanismos y artilugios que nos rodean y forman parte de nuestras vidas. Vivimos en una sociedad donde tecnología y economía se dan la mano y se refuerzan mutuamente. Las prácticas sociales dominantes proceden de esta simbiosis actual entre tecno-ciencia y economía.

² Como afirma E. Morin, *La mente bien ordenada*, Seix Barral, Barcelona, 1999, 11, la palabra *enseñanza* resulta insuficiente y la palabra *educación* comporta un exceso y una carencia.

La Europa del paisaje caminable, «con una geografía hecha a la medida de los pies³», está hoy surcada por maquinas complejas que por mar, tierra y aire la unen entre sí y con todo el mundo. Un enorme intercambio comercial, uno de los mayores de este planeta, se da, o tiene como punto de llegada o salida, a este pequeño continente.

Ahora bien, digamos rápidamente que ya somos conscientes de la profunda ambigüedad de este predominio de prácticas comerciales, que algunos llaman del sistema tecno-económico y, otros, simplemente del mercado⁴. Se llega a decir que la ruptura o fractura fundamental de nuestro mundo occidental pasa por la separación entre las prácticas económicas y tecnológicas y la cultura. El predominio de la lógica funcional de lo tecnoeconómico está colonizando ámbitos cada vez mayores desde la política a la educación. Se valora lo pragmático, útil, rentable, eficaz, según criterios y evaluaciones que proceden del mundo de lo funcional. El peligro es la desecación de las fuentes del sentido, del olvido de los elementos desde los que los seres humanos se encuentran, se reconocen, se solidarizan, se aman, se apoyan en angustias y esperanzas.

Los europeos de hoy somos más ricos que nunca y tenemos más sinsentido que en ningún otro tiempo. La depresión ha pasado a ser la enfermedad más generalizada de nuestro tiempo⁵. La paradoja actual que vivimos es que disponemos de más medios que nunca y los fines se nos han oscurecido tanto que se han vuelto invisibles⁶.

Urge encontrar el modo de suturar la brecha abierta entre desarrollo tecno-económico y sentido de la vida o dicho, con palabras para un proyecto de universidad, entre la racionalidad funcional y la práctico-moral, comunicativa, hermenéutica. La reforma de la universidad europea está desafiada a superar la escisión entre las llamadas dos culturas o dos racionalidades, la tecnocientífica y la de las humanidades.

Tenemos un desgarramiento de racionalidades o dimensiones de la razón; asistimos al predominio descompensado de lo funcional e instrumental y las repercusiones sobre la educación. No es sólo que el predominio de las ciencias en la universidad y el retroceso

³ Cfr. G. Steiner, *La idea de Europa*, Siruela, Madrid, 2005, 10, 41s.

⁴ Cfr. A. Touraine, «Cómo resistir a dos grandes peligros: el sujeto entre la globalización hegemónica y los comunitarismos autoritarios», en : A. Canteras Murillo (Coord.), *Los jóvenes en un mundo en transformación. Nuevos horizontes en la sociabilidad humana*, Injuve, Ministerio de Trabajo, Madrid, 2004, 397-404, 402.

⁵ A. Ehrenberg, *La fatigade d'être soi. Dépression et société*, O. Jacob, Paris, 2000.

⁶ Z. Bauman, *La sociedad líquida*, FCE, Buenos Aires, 2004.

de las llamadas humanidades es palpable, sino que asistimos a una evidente crisis de humanidad, del «cultivo de la humanidad», que se decía era el fin de la cultura y del conocimiento.

¿Qué es hoy ser un humanista, es decir, alguien que cultiva la humanidad, lo que tradicionalmente ofrecía la educación superior? Desde luego ya no son las humanidades clásicas. Hoy no se puede ser humanista y desconocer las ciencias. ¿Cómo ofrecer una síntesis, una formación integral, un cultivo del ser humano en su totalidad, en nuestros días? ¿O estamos condenados a ser legos y «pasmados salvajes» unos especialistas de otros? E. Morin⁷, sugería una imagen como modo de articular los saberes y las especialidades: la síntesis quizá estuviera en el ingeniero electrónico o informático que, además, es poeta. Estamos llamados a solucionar en la universidad de mañana, por un lado, la enorme expansión del saber y, por otro, el encasillamiento de los saberes y la incapacidad de articular unos con otros; tenemos que vincular la sofisticación de los medios con la imaginación creativa y comunicativa. Un conocimiento con sabiduría.

La incidencia de las ciencias y la tecnología son y van a ser enormes sobre la vida privada y la vida social. El mundo de la ingeniería biomédica, de la inteligencia artificial, de las modificaciones ecológicas, están haciendo cada vez más maleable la piel colectiva del ser humano. Incluso, el ritmo de innovación es tal que la ciencia misma no controla sus propios productos. No podemos volvernos atrás. No podemos renunciar al sueño de saber, pero necesitamos, cada vez más, de una ciencia con conciencia; de una ciencia realmente para la humanidad y para el ser humano. Y en este punto sí que la reflexión crítica de las llamadas humanidades es un capital indispensable para que la dialéctica de la tecnoeconomía no degenera en mito, o en oscurantismo tiránico.

Precisamos en este momento en que la tecnociencia puede herir de muerte la misma biosfera que la formación de los científicos les capacite no sólo para hacer y producir, sino para *hacer responsablemente*. La elevación del nivel moral de nuestra sociedad es un imperativo que nos viene de nuestra mayor capacidad para obrar y de las necesidades que introduce el mismo desarrollo tecno-económico. La universidad europea tiene que asumir el reto de esta elevación moral de sus universitarios. Hans Jonas ayer y hoy Claus Offe nos lo repiten: la política, la ingeniería social sola, no bastan para abordar los tremendos problemas sociales de nuestro mundo desde la circulación hasta la soledad de los ancianos en nuestras ciudades o las variaciones posibles de las vacas locas, la hepatitis C adquirida en los quirófanos, etc.

⁷ Cfr. E. Morin, *Los siete saberes capitales*, Tecnos, Madrid, 2000.

El individualismo desligado

Se extiende por nuestras calles y plazas un tipo de ser humano que se siente único y desligado de cualquier vinculación social. Este individualismo desvinculado, puro, que viene empujado por «el último mito de Occidente», la realización propia, original de una biografía única, está asentado sobre una falacia. Hay motivos para sospechar que la individualidad y la libertad individual que desconoce los constreñimientos sociales, institucionales, sistémicos, es una farsa y hasta una nueva esclavitud. Pero funciona. Le interesa al consumismo y le interesa a la peor de las ideologías presentes en nuestro momento: la del olvido de los condicionamientos sociales, estructurales, y la visión individualista de las soluciones. U. Beck⁸ ha denunciado repetidamente esta estrategia que enfrenta el objetivismo impersonal del mercado con el subjetivismo de los individuos. Las mediaciones sociales han desaparecido. La desocialización y despolitización de esta actitud individualista plantea un problema grave a nuestra sociedad. También a la universidad.

La universidad no sólo tiene por objetivo la formación de especialistas aptos para entrar en el mercado de la producción e innovación. La universidad, la educación superior, tiene vocación de formar al ser humano en su totalidad para ejercer las funciones de la ciudadanía y de la vida en general⁹. Por esta razón tiene que enfrentarse con este problema del individualismo desvinculado y colaborar a su superación.

Los ciudadanos que cultivan la humanidad están orientados al bien de la misma. De ahí que el ideal clásico orientaba hacia lo humano en su diversidad local, nacional y simplemente humana. Cultivar la humanidad en el mundo actual, en la Europa de nuestros días, exige tener y ejercer la solidaridad básica humana: lo que M. Horkheimer y T. Adorno llamaban la compasión efectiva ante las víctimas. Si no queremos que las desigualdades hirientes y las injusticias visibles sigan siendo una máquina productora de parias y víctimas para el vertedero social, urge que la universidad recoja este desafío social y humano. Europa conoce en experiencias bien cercanas la inhumanidad; si no quiere hacerse cómplice de ella en el mundo actual «tiene tal vez el imperioso privilegio de elaborar y llevar a efecto un humanismo secular¹⁰», en esta hora que algunos denominan ya postcristiana.

⁸ Cfr. U. Beck, *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona, 1998.

⁹ Cfr. M. Nussbaum, *El cultivo de la humanidad. Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*, Paidós, Barcelona, 2005, 28.

¹⁰ Cfr. G. Steiner, *La idea de Europa*, o.c., 76.

La universidad de hoy y mañana tiene que ser un enclave de «espiritualidad», de mayor vida del espíritu en su sentido hondo y original, si quiere superar este individualismo desligado, consumista y empobrecedor. Quizá podría servir como indicación de esta espiritualidad lo que Goethe llamaba respeto: ser respetuosos con lo divino, con la naturaleza y con los demás seres humanos y, por lo tanto, con nuestra propia dignidad.

El consumismo de objetos y sensaciones

Otra denominación de nuestra sociedad es la de sociedad de consumo, donde el consumo aparece como una forma de vida, con una promesa o utopía de fondo profundamente deshumanizadora: la de que en algún supermercado o tienda está aquello que satisfará todos nuestros males y carencias.

La mera acumulación de dinero, la inundación de nuestras vidas de bienes materiales nos deja vacíos. Pero hoy asistimos a otra acumulación o uso consumista no de objetos sino de sensaciones sin fin. Una verdadera revolución antropológica que sumerge a los seres humanos en una degustación interminable. Un entretenimiento de los espíritus que ocupa tanto, divierte tanto, que roba la reflexión y el discernimiento, al que no escapan ni los pretendidos graduados superiores.

G. Steiner¹¹ ha dicho recientemente —en una conferencia sobre la idea de Europa— protestando enérgicamente contra la banalidad y vulgaridad de los productos culturales de consumo, que inundan nuestro mundo europeo y no europeo, que «no es la censura política lo que mata la cultura: es el despotismo del mercado de masas y las recompensas del estrellado comercializado».

La globalización cultural de nuestro tiempo tiene un denominador común hecho de sensaciones rápidas, cambiantes, en una variedad sustitutiva y repetitiva de lo mismo. Golpea tanto las papilas gustativas de la sensación que deja sin capacidad de reacción.

Se dice en la cultura occidental, desde Sócrates al menos, que una vida humana digna de este nombre es «una vida examinada». Es decir, una vida reflexiva, autocrítica. Esto es justamente lo que está en juego ante esta cultura del entretenimiento que algunos llegan a denominar «fascismo de la vulgaridad¹²».

¹¹ Cfr. G. Steiner, *ibidem*, 78.

¹² Rob Riemen, «La cultura como invitación», en G. Steiner, *La idea de Europa*, o.c., 19-35, 28.

La universidad tiene algo que decir y hacer ante esta censura del mercado o de la economía del conocimiento. Sobre todo tiene que dotar de espíritu crítico, es decir, de capacidad para establecer diferencias, entre lo que vulnera la cultura y la calidad de vida humana y lo que la favorece. Una universidad que deje en el conformismo de lo que hay, incluso formando hiperespecialistas, corre el riesgo de contribuir a la banalización en curso.

Ya sabemos que ni el conocimiento intelectual ni la educación liberal son una garantía de sano juicio moral y menos de una ética superior. Pero la cultura y educación genuinas son una invitación a la nobleza de espíritu. Sin el cultivo de las grandes ideas humanas —sin duda, uno de los rasgos característicos de la herencia cultural greco-hebraica europea— no hay esperanza de superar las divisiones, los exclusivismos mortíferos y la destrucción.

En este momento de grandes desafíos culturales y mundiales a la universidad europea se le podría pedir que procure formar en la crítica, que alimente el conocimiento capaz de situar la vida humana en su contexto social y humano y especialmente que afronte esta amenaza de una vida entretenida, divertida, pero sin reflexión e incapaz de hacerse cargo de sí misma y de lo que le rodea.

Una sociedad y cultura sin memoria y sin fines

Otro rasgo característico de la cultura europea es la de ser un lugar de memoria. Calles y plazas llevan nombres y recuerdos de hombres y acontecimientos que aportaron a la historia europea avances, impulsos y desgarros. Se ha dicho, con razón, que la geografía europea es un *memoranda* de la historia. La soberanía del recuerdo domina por doquier.

Sin embargo, hoy el peso del pasado se desvanece frente a la amnesia creativa, la mirada hacia el amanecer del próximo futuro y la novedad inmediata. La novedad, frecuentemente pragmática y hasta de la sensación consumista, prima con tanta fuerza que el ayer desaparece. Y con él, las referencias, los contextos, los pre-juicios que permiten interpretar los acontecimientos y dar sentido al porvenir.

Hoy los medios proliferan tanto y nos fijan tan fuertemente a ellos que desconocemos los fines. El peligro está justamente en este predominio de medios que remite a otro medio en una cadena sin fin. Los medios nos atan al momento, al presente, a la instantánea

neidad que apunta hacia delante en busca de otros medios. La sociedad y cultura de los medios están ligadas al presente y han perdido la memoria y los fines.

Este pragmatismo ciego a los fines es peligroso porque no sabe a dónde va. El presentismo esteticista o vulgarmente consumista prescinde del pasado y vive en la superficie. Ambos llevan a costas la deshumanización ya que desconocen los costes de la historia, no tienen en cuenta las víctimas ni el dolor y miran hacia delante sin horizonte. Vivimos una cultura de la amnesia, que cree que el olvido y el tiempo lo curan todo¹³.

La formación de los jóvenes de hoy y los responsables de mañana no pueden desconocer el peso de la historia, especialmente dolorosa. La memoria de las víctimas tiene que estar presente en el diseño de la educación superior si no se quiere perder la sustancia y el fin de la misma. La ciencia por muy sofisticada que sea no sabe a dónde va. Precisa de la reflexión que la muestre el para qué de su saber. Y si la cultura científica y universitaria en general no está al servicio de un proyecto de sociedad europea y mundial más humana y más justa, nos sobran todos los saberes. Se ha dicho que ser europeo es estar condenado a tener que negociar, moral, intelectual y existencialmente entre la ciudad de Sócrates y la de Isaías. Esto quiere decir, que no podemos renunciar ni a la lucidez de la razón crítica y autocrítica ni a la memoria del sufrimiento como incentivo de la innovación política y cultural que busca un mañana para todos los hombres. La UE no podrá desempeñar un papel efectivo en el mundo si no saca provecho a esta memoria de un pasado, frecuentemente muy doloroso e inhumano, para sacar orientación y fuerza de cara al presente y al futuro.

La universidad como lugar en nombres y fechas de la memoria de Europa, no debiera perder la ocasión para verter en el caudal, no sólo de los libros de historia, sino de las mentes y los corazones de los jóvenes de hoy un recuerdo productivo de humanidad en pro de una ciencia y un saber al servicio de una verdadera humanización.

La aportación de Europa a este mundo convulso y que parece haber perdido el norte, sería justamente ofrecer no sólo un rostro económicamente fuerte, sino también una sociedad ecuánime y socialmente justa que defienda sentido y valores humanos en este mundo¹⁴. Para esta tarea, la Universidad con memoria y compromiso por un cultivo de la humanidad, parece un lugar apto y apropiado.

¹³ J.B. Metz, «Zur Zukunft des Christentums im Europa des 21. Jahrhunderts», ponencia en Oporto (9-11 septiembre 2005) en el congreso sobre *Deus no século XXI e o futuro do Cristianismo*.

¹⁴ Cfr. U. Beck y A. Giddens, «Carta abierta sobre el futuro de Europa», *El País*, 2 octubre 2005, 13.

Sociedad de la incertidumbre y del riesgo

El rasgo final que quiero comentar de nuestra sociedad occidental del momento que vivimos y que tiende a impregnar el resto del mundo es la sensación y vivencia de un clima de incertidumbre. Sin duda hemos descubierto la ínsita ambigüedad que rodea a todo lo humano. Los elementos dinamizadores de esta modernidad se han tornado ambivalentes. Muestran su rostro peligroso. El caso de la ciencia es paradigmático. Ofrece junto a hallazgos y aportaciones increíbles, amenazas que oscurecen el horizonte del futuro.

Nuestra sociedad, además, por mor de intervenciones políticas cuya racionalidad no entendemos, ha llegado a ser un lugar mundialmente inseguro. Al riesgo generalizado derivado del tipo de sociedad y estilo de vida creado¹⁵, se añade ahora una suerte de *recelo universal*, especialmente frente a los otros que no son de nuestra raza, cultura o civilización. Se especula con el «choque de civilizaciones».

Las consecuencias las estamos viviendo: una búsqueda compulsiva de seguridad. Una vuelta hacia lo propio de una manera defensiva y excluyente. La historia europea ya conoce las influencias malignas difundidas por los virus del regreso emocional hacia el aparente refugio de la nación y hasta de lo local.

Se ha dicho, con razón, que estamos ante la necesidad de un nuevo tipo de proyecto político y democrático más abierto y cosmopolita que, sin embargo, no suprime las diferencias. Una unidad en la diversidad, sin uniformidad ni exclusivismos.

Necesitamos hombres y mujeres con esta capacidad de tener raíces concretas y apertura universal; con vivencias unidas a espacios bien delimitados, pero con un horizonte universal.

A Diógenes Laercio cuando le preguntaban de dónde era, decía de sí que era ciudadano del mundo. Esta verdad nos toca hacerla posible y vivirla a los seres humanos de nuestro tiempo de la globalización. Ya no es posible mirar afuera; no hay ya un *afuera* del mundo entero.

Ahora bien, ¿dónde se formarán los ciudadanos del mundo? Exige crear hábitos para salir fuera de nuestras propias seguridades; para enfrentarnos a visiones y cosmovisiones

¹⁵ U. Beck, *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona, 1998.

diversas sin el ánimo pronto para descalificar, sino con receptividad nunca exenta de crítica.

Existen programas de intercambio universitario. Hay hasta alguna película, francesa, con el fondo de estos intercambios universitarios, que auguran ayudará a cambiar las relaciones y las visiones de la Europa cerrada de las naciones y regiones. Necesitamos una educación y una universidad de mirada amplia y que no sólo supere las divisiones europeas, sino que proporcione un sentido de ciudadanía mundial informada y tolerante con las diferencias. Necesitamos una universidad que frente al recelo universal cree confianza y acercamiento, conocimiento y comprensión.

A modo de conclusión

Las universidades en esta hora europea y del mundo no se morirán por falta de tareas. Quizá el desánimo pueda provenir de lo contrario. De lo complejo e ingente del trabajo a realizar, de lo mucho que supone hoy la verdadera «universitas». El camino abierto por Bolonia puede ser una ocasión para hacer la renovación de la enseñanza superior que Europa necesita. Aquí hemos recordado algunas complejas cuestiones socio-culturales que las universidades no debieran olvidar a la hora de cambiar estructuras y programar currícula.

Algunos profesores y amigos me suelen decir cuando, con mayor o menor rigor y preocupación, abordamos estos temas, que la(s) universidad(es) corren el riesgo de llegar ya tarde. El problema educativo debe abordarse mucho antes: en la segunda enseñanza. Si el bachiller no viene con estas actitudes de apertura y motivación es casi inútil, confiesan algunos. Puede ser cierto, la tarea hay que comenzarla antes, en todo el proceso educativo. Bolonia no desconoce esto. Con todo, las universidades no puede desentenderse de formar y adecuarse a los desafíos que le plantea hoy esta sociedad. Por lo escuchado en esta mesa, Bolonia parece ser una ocasión para esta adecuación, si se aprovecha bien.